

siguen, erraron en la fe. Pero ¿qué furor satírico ha movido mi lengua y engolfádola en piélago tan profundo? Para no quedar en él anegado, quiero, si pudiere, añadir el hilo de la tela que iba tejiendo; y digo, mi Señora, que hay otro género de gente, cuyo vano humor é inclinación los lleva á procurar cargos y oficios de gobierno, de estado y administración de justicia, sin tener respeto á si tienen suerte, entendimiento y capacidad para hacerlo ó no, y al mal y desabrimento que debajo de aquella capa de autoridad y mando está encubierto. Otros hay que ni duermen ni comen y andan embelesados tras la vana privanza de los príncipes y señores, con una hambre canina de alcanzarla, llenos de cuidados y miedos de perderla. Sólo alcanzan, haciendo mil reverencias y sumisiones, volviéndose de más colores que un camaleón, al gusto y voluntad de los señores. Otros hay que á fuerza de brazos y á costa de mucho cuidado, estudio y trabajo, procuran alcanzar opinión de cortesanos pláticos, graciosos y discretos; y sabe Dios y aún muchos de los hombres, si les llegan un poco al cabo y se apura el fundamento de su saber, se le hallarán colgado en el aire, sin columna ni cimientto sobre que estribe más que la vana opinión de quien los tiene por privados. Otros hay cuyo entretenimiento y conversación es tratar de las estrellas, contándolas y haciendo creer que saben cuántas hay en el cielo y qué efetos hacen y producen en la tierra, cuáles son fijas y cuáles son móviles, y cuántos palmos hay del cielo al suelo y del un cielo al otro; y persuaden á los hombres que crean lo que dicen de las cosas por venir, y que aprueben sus palabras y obras co-

mo dichas de más que hombre: porque hace demostración tal ó tal astro ó planeta; no considerando que el que los puso en el cielo y las pisa y mide con sus piés, altera como es servido sus inclinaciones; y si éstos tales yerran ó no, sus mismas obras dan testimonio que en general son falsas y mentirosas. Otros hay que con hipocresías fingidas se quieren hacer estimar por virtuosos, caritativos y santos y que les da grandes aldabadas el deseo de la virtud y que todos la sigan; y con este fingimiento y apariencia abren mayor puerta á sus vicios, yendo caminando, en lo secreto, por ellos adelante con mayor seguridad y más ocasión de no salir dellos. Otros hay, mi Señora, cuyo fin y blanco enderezan á la inmortalidad y á eternizar su fama, y con heróico valor, procurando engrandecer y levantar su nombre y dejar á su posteridad memoria de sus hazañas: unos, por la milicia y ejercicios militares, poniendo sus personas y vidas á evidentes peligros é innumerables trabajos; otros, por las letras y estudio dellas, tan válidas en esta era; y aunque tocan los unos y los otros en ambición, es loable y de estimar los que la tienen, pues procede de tener ánimo y valor para no contentarse con pocas cosas. Hay otros (á quien se puede tener con razón mancilla, á quien metidos y atormentados en amorosos tormentos llama el mundo ciegos y guiados de ciego) que tienen lo amargo por dulce, el mal por bien, el trabajo por descanso; hasta que, viniendo á caer en la cuenta, se halla unido con nonada el tiempo perdido, la juventud acabada, y cargados con la cansada vejez: inútiles é impertinentes, sólo les queda arrepentimiento inútil y la penitencia de sus



pecados. Pero, hay, mi señora Silenia, otros que quieren dorar y cubrir, como píldoras con oro, sus vicios con la virtud que les es más vecina y aparente, echándose encima vestidos de corderos, sobre corazón, obras y palabras de lobo; y el que tiene envidia, que le roe como carcoma las entrañas, y con ella reprueba y abomina de las buenas y virtuosas obras del otro, nos quiere persuadir á que creamos que es deseo de bondad, y que su maldito parecer se tenga por celo virtuoso, siendo una punta endiablada de quererse aventajar de todos por este encubierto camino. Otros, que de su natural son tristes y melancólicos y con esto desabridos y mal acondicionados, ásperos é intratables, os dicen que es austeridad y término perseverante y grave. Otros, que son avillanados y tiesos, que no les sacarán de su propósito frailes descalzos, ni mudarán su pertinacia y dureza ningunas buenas razones, profesan ser hombres constantes y no mudables y varios, siendo estos tales los que comunmente se llaman tercos y villanos. Otros (al contrario destes), que son fáciles, sin valor ninguno, que cualquier viento los lleva, cuyo oficio es adular, decir lisonjas, y como dicen, andar mascando las agrias, quieren que les cuadre y se las dé nombre de afables, corteses y agradables, y que se les quede confirmado y aprobado; siendo una gente con cuyo trato se corrompe y destruye más la república, que de los sueltamente malos: porque destes huimos, y con los otros comunicamos. Otros hay que son truhanes, chocarreros y habladores; cuyo oficio es (como dijo un poeta) andar imitando al asno, que quieren ser tenidos y reputados por pláticos, graciosos y elocuentes, fundando todo su saber

en donaires maliciosos y perjudiciales, ofensivos en sumo grado á los oídos de los discretos. Y el otro, que con su demasiada codicia se vuelve un rico avariento (que no echará un real de su casa, si pensase con él ganar el cielo), quiere que le tenga y canoniche el mundo por templado y recogido: grande allegador para sus hijos, y que no quiere verse abatido con andar buscando prestado, y se dejará andar desnudo y que lo anden su mujer y hijos, si no lo adquieren por su industria ó se lo hurtan, como muchas veces sucede. Al otro, que sin término ni razón es soberbio, inconsiderado y arrogante, le llama el vulgo fuerte, valiente, de ánimo invencible; y al que es malicioso, lleno de engaño y cautelas, que no dice palabra que no tiene dos sentidos, también le llaman sabio y muy entendido; y al otro, que es en su conversación libre, sucio, insufrible, intratable entre gente honesta y de lustre, le tienen por gracioso, desenfadado y desenvuelto; y está tan estragado el mundo, que realmente le tienen por tal, y se solemnizan con risa sus desvergüenzas, canonizándolas por agudezas y discreciones. Y lo peor de todo es, que al necio sin término ni razón de hombre, que le parece que no nació más de para comer y dormir, sin poder tener dél buena esperanza, le llaman bueno, siendo depósito de buena necedad. Pero ¿qué desvarío y desatino es el mio, ó qué mal espíritu mueve mi lengua, para tan libremente reprobar y condenar faltas ajenas, y no mirar la viga que está dentro en mi ojo, que me hace no echar de ver las muchas mias? El que más entre todos los referidos se levanta y, si se puede juzgar, es venturoso (no metiendo la mano ni alargando la lengua á los hombres dedicados al



servicio y culto divino, que destos y de la perfección de su vida y ventura no puedo, debo ni quiero tratar, sino de lo que es de las tejas abajo); digo, Señora mia, que al que se puede llamar venturoso y tener envidia á su estado y tranquilidad de su ánimo, es al hombre que, dándose á la moral filosofía y viviendo como cristiano filósofo, se contenta con lo que da la naturaleza, y tiene conocimiento de las causas por sus efectos; y de tal suerte está prevenido, que ningún caso que le suceda próspero ni adverso le altera, admira ni espanta; teniendo las cosas por venir como presentes, y las presentes como pasadas: porque este tal tiene conocimiento de sí mismo, y cumpliendo por lo menos con la ley natural, quiere para los otros lo que para sí. Pues al que en mi opinión, discreta Silenia, yo tuviera envidia y tuviera por sumamente felice, es aquel cuyas descuidadas plantas pisan, sin sobresalto ni congoja, la verde hierba de los prados y pasean las frescas riberas de los corrientes rios, si llega á tener conocimiento de su estado, y levanta el ánimo y espíritu á considerar la tranquilidad de lo que posee, y ejercitado en rústico y silvestre ejercicio no tiene cuenta ni le desasosiegan los tráfigos bullicios y negociaciones de las ciudades. Ni respeta á nadie por temor, ni le tiene á las olas y fortunas del poblado, ni se halla obligado á la pesada carga del cumplimiento que tanto muele á quien no cae en la cuenta de su pesadumbre. Antes, libre destas cosas, suelto y desembarazado, con el arco en la mano, la ballesta al hombro, y el aljaba y carcax al cuello, y el zurron con la pobre y sabrosa comida al lado, cruza y atraviesa los montes, valles y setos; sin que le impidan los

rios ni asperezas de montañas á seguir y perseguir la caza, sustentando su cabaña de la que cada dia mata; recreando y regocijando su ánimo, con esparcir por el aire al son de su rabel ó mal compuesta zampoña sus rústicas cantinelas, tomando sabor y gusto de mirar las silvestres luchas de los toros, y de los roncós bramidos que van dando los vencidos, y del manso rumiar de las mansas ovejas, y el descuido con que pacen la verde y menuda hierba, y del recatado sueño de los mastines, que las guardán y defienden de los dañosos lobos. Huélgase de ver los retozos y sueltas y ligeras cabriolas de los cabritillos, y las madres encaramadas en las encinas. Contentase con cubrir su fuerte, sano y bien ejercitado cuerpo con las pieles de sus ganados, y echarse debajo de los frondosos árboles; satisface á la hambre y necesidad corporal con las silvestres frutas que dellos coge; sembrando la hierba, que tiene por mesa de las bellotas, castañas y nueces que con sus brazos derrueca: con que queda más satisfecho y contento que los príncipes y señores con la diversidad de viandas que sirven en sus curiosas mesas, porque come con hambre y tiene siempre consigo la salsa de Sant Bernardo; y no le falta tampoco la blanca y sabrosa leche, con que remoja el sano pan que trajo del aldea. Bebe con apetito y gana el agua limpia, fresca y pura que corre por las pizarrosas gargantas y arenosos arroyos, bebida con el vaso de Diógenes, que le da mayor satisfaccion y gusto que la que en los poblados se bebe en los de oro y plata, curiosa y ricamente labrados; sin tener más apetito ni deseo que de lo que tiene presente, ni darle otra cosa cuidado más que llevar su ga-



nado al pasto más cercano y que sabe es más fértil y abundante, y buscar lugar fresco y de arboledas donde sestar en verano, con agua para abreviar su manada, y solanas reparadas de los helados vientos para el invierno. Y donde tiene sabida y conocida esta comodidad, tiende todos sus miembros en la hierba adonde acuden los convecinos pastores y ganaderos de la comarca; y en pasturales y amorosas contiendas y saludables ejercicios, pasan dulcemente el día, sin que en ellos reine tristeza, ni tenga entrada disgusto, ni cómo se llama, ni qué efecto hace la desabrida melancolía; traban entre sí amorosas cuestiones, aprobando cada uno ó reprobando lo que el otro propone, conforme á sus intentos y á los pensamientos que tienen; compiten sobre la hermosura y gracia de sus amigas, unas veces llamándolas afables, otras enemigas y crueles, según que dellas son favorecidos; y vienen á parar sus rencillas en tejer, de las más perfectas flores, guirnaldas que llevarlas, con que las dejan satisfechas de su puro y sencillo amor. Y cuando en estos y otros ejercicios, entre ellos usados, han gastado con sabor el día, dan la vuelta á sus cabañas, llevando por delante sus satisfechas manadas; donde tendidos en blando heno, no se echan menos las ricas y abrigadas cortinas, ni los toldados aposentos, sirviéndoles de lo uno y de lo otro el cóncavo convés del cielo y los verdes y hojosos árboles. Allí duermen á sueño suelto, con quietud y sosiego, sin que los desvele el curioso trato de los reales palacios, ni el acompañamiento de los que gobiernan el mundo, ni lo que han de comer al día siguiente; ni les da cuidado el buscar con que sustentar la vanidad que el mundo usa. No

busca ni le da pena que tengan fino temple los arneses, ni que pese ó sea liviano el jaco de malla; ni teme los dudosos peligros é inciertos sucesos de la guerra, ni si se anegó ó dió al través el navío que viene de las Indias con su hacienda, ni si se alza y quiebra el mercader que se la tiene; ni que han de topar ladrones domésticos ó extraños con su enterrado tesoro. No le aprietan ni acongojan las revueltas de las ciudades, ni por odio, amor ni interés se inclina á los bandos que hay en ellas; ni le trae desatinado y ciego la pasión y ambición de los ciudadanos, y los embustes ni enredos con que solicitan cátedras y oficios en la república. No le induce codicia á desear cargos ni dignidades; ni promesas de privados le hacen seguir sus pasos y caminos, teniendo por ley las vanas palabras que dicen; ni tiene millones de descomodidades que el vivir en las ciudades trae consigo: antes, con corazón alegre y contento, y con el ánimo quieto, se levanta por la mañana, y sacudiendo de sus miembros la pereza, y cada credo mejorando su estado, se vuelve á los usados ejercicios; gozando del aljofarado rocío que le ofrecen los verdes prados, y en tiempo debido, variedad de flores con que recrea los sentidos; y, entretenido en coger las más hermosas, hace dellas guirnalda para sí, si se le da gusto y tiene ocasión de traerla, ó para su amiga, si la tiene. Es para él entretenimiento gustoso ver crecer y menguar el río, en su tiempo; y de oír cantar las cigarras y grillos, en el suyo. Tiene por suave y acordada música el sordo murmurio de las abejas que andan entre las flores, cogiendo dellas sustancia con que labran la miel en sus colmenas. Tie-



nen por felicidad mirar con la gana con que la vid se va enredando en el álamo, y la presa que la hiedra hace en el alto ciprés hasta ocupar lo más empinado de su altura. Recréanles la vista la pintada variedad de pajarillos; y el oído, la dulce armonía que con sus arpadas lenguas tienen en los árboles y cerros donde tienen fabricados sus artificiosos nidos, de donde concertados se van respondiendo y convidando los unos á los otros. Esles de particular entretenimiento y gusto ver en los frescos é intrincados setos cruzar las bandadas de conejos, y en los prados las medrosas liebres. Esta vida alegre, quieta y sosegada era, *discreta y hermosa Señora mia*, general en todo el mundo en aquella edad de oro, en que los poetas dicen que gobernaba Saturno: en cuyo tiempo, ni los hombres trafagaban la tierra, ni navegaban el mar; porque cada uno se contentaba con vivir y morir donde nacía, sin procurar ser más que su padre; contentándose con lo que dél heredaban, y gastándolo como él lo gastó. No trabajaban en hacer, para su defensa, arneses ni armas defensivas; ni, para ofender, arcabuces ni espadas; ni se aprovechaban del acero y hierro más de para hacer instrumentos con que cultivar la tierra. ¡Pluguiera á Dios, hermosa Señora mia, que yo tuviera esta vida ufana, tranquila y quieta, y sin gloria ni nombre! Viviera entre la rústica gente, adonde no me fuera nada importuno y el variar de las cosas referidas apartara de mí todo fastidio; y cuando me cansara el valle, fuérame á la sierra; y cuando la tierra, á lo llano; de lo llano, á los bosques y montañas. Cuando el andar me cansara, sentárame en la

ribera de algun claro rio ó arroyo; y con el murmurar de su corriente, y con el ruido del movimiento que el aire hace sacudiendo las hojas de los árboles, se recreara mi afligido espíritu, y con la dulzura destas cosas suspendiera algun tiempo mis males. Con lo cual, arrebatado de causa en causa, llegara hasta contemplar la suma alteza de la universal y principal, que es Sumo Hacedor de todo lo criado; y con cuán soberana majestad y grandeza lo crió; y que con tan maravilloso orden y concierto lo rige y gobierna, ordenando y dividiendo los tiempos y dando movimiento á los cielos, para que con él, acercándose y alejándose el sol, influya virtud en la tierra para criar, sazonar y madurar los frutos della: con que se sustenta la humana generación y todas las especies de animales, á quien ordenó sirviese todo. Y destas consideraciones viniera, mi Señora, á sacar algun rastro, luz y conocimiento de la fragilidad y miseria de la vida presente, con que descansara mi alma, viendo que la salida della habia de ser principio de descanso. Y mientras que mis ojos gozaran de la pura luz del sol, y los vitales espíritus (respirando) enviaran aire al corazón, todo mi estudio y cuidado pusiera en engrandecer y levantar, conforme á la rudeza de mi ingenio, á la dulce y amada señora y enemiga mia; sin que cosa alguna bastara á apartarmedeste oficio: que si conforme á la voluntad y deseo se alargara el caudal, bien se puede de mí con verdad creer que la levantara sobre las estrellas, dejando eternizado su ser y nombre conforme á su mucho valer y merecimiento. Que si me concediese tanto bien el cielo, que aunque fuese en una cueva me viese en



su compañía, aquel verdaderamente sería para mí dichoso y felice estado, y gozar siempre de su vista sin miedo y sobresalto de perderla. Y el que, á mi pobre juicio, es más dispuesto para tener vida tranquila y sosegada, apartada de las tempestades y tumultos de las cibdades, es, mi Señora, la que os he dicho con la mayor claridad que mis mal limadas razones han sabido daros á entender. No me pongais culpa si no os satisficieren, pues no puede dar peras el olmo ni nadie más de lo que tiene. Y aunque con mi opinión vaya errado, por no tener entendido lo que fuere mejor, estoy dispuesto á cumplir lo que me mandardes, aunque pierda la vida, y deseoso de que fuera más temprano, para de vuestra dulce boca oír las razones que contra lo por mí propuesto teneis en favor de la vida de corte y cibdades.

SILLENIA.

Déosla Dios tan larga y contenta, señor Selanio, como yo lo quedo con haber oído vuestro discretos discursos, en que habeis mostrado la luz de vuestro entendimiento. Pero, para deciros verdad, no me satisfacen tanto vuestras buenas razones (aunque lo son), que no me estoy pertinaz en mis opiniones, como lo pienso mostrar cuando en buen hora volvais acá otro día, que por ser tarde y éste se nos acaba, no quiero decir más de que vais en hora buena, y Dios en vuestra compañía.

SELANIO.

Él guarde tanta hermosura y discreción como la vues-

tra, y me deje tener ventura-en algo; que aún hasta en esto me falta: que parece que, para que no pueda gozar este contento, se apresura más el sol en su carrera que suele. Si del todo no se me acaba, tomaré otro día ó tarde de más temprano.

FINIS.